

JORGE ZAZO RODRÍGUEZ

La parroquia
en la
Europa postmoderna

Con un epílogo para diócesis rurales

BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS

MADRID • 2024

© Biblioteca de Autores Cristianos, 2024
Manuel Uribe, 4. 28033 Madrid
www.bac-editorial.es

Depósito legal: M-3928-2024
ISBN: 978-84-220-2326-5

Preimpresión: M.^a Teresa Millán Fernández
Impresión: Anebri, S.A. Pinto (Madrid)

Impreso en España. Printed in Spain

Diseño: BAC

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

ÍNDICE GENERAL

<i>Prólogo</i>	11
1. Cuestiones actuales en torno a la parroquia .	23
2. Algunos apuntes históricos	43
3. Tres obras de referencia	63
El principio parroquial según Karl Rahner	64
La renovación parroquial según Borras y Routhier .	72
La «renovación divina» de James Mallon	84
4. La conversión pastoral de la comunidad parroquial	93
Agrupaciones parroquiales	105
El puesto de los sacerdotes en las nuevas conformaciones parroquiales	112
Ministerios no ordenados y corresponsabilidad sinodal.	119
5. Invitando a las bodas del cordero	131
6. Consideraciones finales	149
Principios constitutivos de la parroquia y consecuencias prácticas	149
La territorialidad como fundamento teórico y su alternativa en la estabilidad	155
Qué necesita la parroquia para ser misionera . . .	163
Vecindad, subsidiariedad, gratuidad, lógica de la encarnación.	166
<i>Epílogo para diócesis rurales</i>	179
<i>Palabras finales</i>	209

PRÓLOGO

Cuentan los jesuitas —no sé con cuánto rigor histórico— que, siendo san Ignacio estudiante en París, algunos de sus compañeros le preguntaban frecuentemente acerca del intelectual más notable de su época, Erasmo de Rotterdam. El famoso humanista era, sin duda, el personaje del momento, sagaz y polémico a la vez. Nada extraño, por tanto, que quienes comenzaban a tener al vasco por santo quisieran saber su opinión sobre la estrella que más brillaba en el clima universitario europeo. Ignacio callaba. Una y otra vez preguntaban y él, firme, callaba. Hasta que un día, interpelado directamente por los libros de Erasmo, rompió su silencio diciendo simplemente: «Enfrían». Y cerró la boca.

A buen entendedor, pocas palabras bastan. Quienes conocían a Ignacio sabían muy bien que para él solo vale la pena lo que procede de la sabiduría de Dios, no lo que tiene su origen en las meras genialidades humanas. El signo para discernir si algo nace realmente del buen Espíritu, según la lógica de los Ejercicios, es que no solamente ilumina tal o cual aspecto de la realidad, sino que además, y sobre todo, calienta el corazón, lo deja en un estado semejante al de los discípulos de Emaús tras su encuentro con el Resucitado. «¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino?» (Lc 24,32). «No el mucho saber harta y satisface el alma, sino el sentir y gustar de las cosas internamente»¹, dice el santo.

Para quienes, movidos por el amor a Dios y a la Iglesia, nos atrevemos a publicar libros de teología, sean de un tipo estrictamente académico o, como pretende ser este, de un ta-

¹ SAN IGNACIO DE LOYOLA, *Ejercicios espirituales*, 2.

lante más divulgativo, la anécdota resulta un auténtico aviso para navegantes. Se han sacrificado miles de páginas, cientos de horas y ríos de tinta para publicar volúmenes que, incluso aportando algunas novedades científicas, en realidad, enfrían. No hacen que arda el corazón. En realidad, este es el verdadero y único reto para la parroquia y para todo lo que tiene que ver con la Iglesia en nuestros días, al menos en la vieja y cansada Europa. Lo que verdaderamente necesitamos no son planes ideales, ni proyectos fantásticos, ni reformas muy trabajadas. El papel lo soporta todo, pero en realidad no hace que cambie nada. Lo único que permite una verdadera conversión pastoral es el ardor del corazón que viene de Dios. Si un cristiano es verdaderamente movido por el fuego del Espíritu, poco importa que esté en una estructura que, según determinados criterios, pueda ser calificada por algunos de caduca. El Resucitado hace nuevas todas las cosas (cf. Ap 21,5), las reforma internamente y hacen que aparezcan como estrellas que realmente pueden orientarnos y guiarnos en el momento actual de la historia. Si eso no se da, cualquier reflexión teológica que presente aportaciones sugerentes, en realidad queda en nada, no es más que un divertimento que, en el mejor de los casos, entretiene. Por eso, el deseo de estas páginas es servir de medio para que se caliente el corazón. Desde luego, no pretendo tener la respuesta adecuada a todos los problemas. Sencillamente he reflexionado, desde mi experiencia personal como creyente, como párroco, como vicario de pastoral y como estudioso de teología, en algunas cosas sobre la parroquia que me preocupan y me apasionan, y me he animado a poner por escrito mis conclusiones y mi itinerario, con el sencillo deseo de hacerte a ti, querido lector, partícipe de mi ilusión.

Insisto en este punto para que quien se anime a la lectura de estas páginas no quede defraudado al no encontrar lo que busca. Este libro no es un tratado de teología pastoral ni una

mera digresión ocasional. El género exacto en que quiere inscribirse es el del *ensayo*, no el técnico del estudio ni el ocasional del testimonio. El lector avezado enseguida percibirá que, aunque haya referencias a pie de página, estas se limitan a indicar la procedencia de alguna idea o de algún texto que me parece oportuno traer a colación y del que la honestidad intelectual me obliga a citar la fuente; pero distarán mucho de lo que habitualmente conocemos como aparato crítico. Tampoco puedo asegurar, no siendo yo pastoralista, que mis lecturas estén actualizadas. Pero sí que he intentado, evidentemente, tener una opinión fundamentada sobre el asunto que trato, y por eso he recurrido a cuantas obras me han permitido consultar mi tiempo y mis posibilidades. Quizá eso suponga —espero que no— cierta perplejidad para otro tipo de posibles lectores, que a lo mejor desearían un lenguaje más llano, más propio del trato coloquial. Temo que esto no será así. Por supuesto, procuraré ser lo más claro posible; pero el análisis que propongo exige cierto grado de profundidad y de abstracción, que intentaré hacer llevadero, si atino a ello, para no perder el objetivo de «calentar» el corazón.

Lo que pretendo con estas páginas es, sencillamente, hacer una modesta aportación a un diálogo que me parece ineludible en la coyuntura actual, que sería deseable que se desarrollara en los órganos sinodales de cada Iglesia particular, a fin de discernir lo que deban ser las parroquias en nuestro contexto cultural. Si con estas líneas se suscita el debate o se aclara alguno de sus puntos, me dará por muy satisfecho.

En una época tan ajetreada como la que nos ha tocado vivir, cada vez importa más tener algunas cosas muy claras. Se trata de principios fundamentales, sin los cuales no puede entenderse ni orientarse la propia existencia. En ese orden de certezas esenciales, los cristianos conscientes de nuestra fe, con cierto recorrido espiritual y deseo de servir y amar lo mejor posible a

Jesucristo desde nuestra pobreza, sabemos que formamos parte de la Iglesia. Esta no es equiparable a una organización cualquiera de este mundo. No estamos ante una asociación de personas que comparten determinadas ideas o que tienen algunos objetivos comunes. Por el contrario, la naturaleza de la Iglesia es de orden teologal. Solo se la descubre verdaderamente cuando se recibe la gracia de gustar el misterio de Dios y el de sus actuaciones en el mundo. Por eso, todas las imágenes con las que, ya desde tiempos muy antiguos, se ha descrito al conjunto de los bautizados, se mueven en las categorías fascinantes de lo sagrado. La Iglesia es llamada pueblo de Dios, templo del Espíritu, cuerpo místico de Cristo, comunidad de los redimidos, sacramento universal de salvación, asamblea de los invitados a las bodas del Cordero, esposa santa del Resucitado.

No por entrar en la sobrecogedora esfera de lo trascendente, la Iglesia deja de tener una misión bien definida: la Iglesia «existe para evangelizar»². Esta es una convicción básica. Los cristianos no estamos en el mundo para transmitir unas ideas bellas, ni para ayudar al bienestar psicoafectivo de las personas, ni para promover iniciativas culturales, ni para socorrer necesidades materiales a las que los distintos Estados no puedan o no quieran llegar. Todo eso los cristianos lo hemos hecho y lo seguiremos haciendo, pero solo para evangelizar o como consecuencia de haber sido evangelizados. De esta forma, la evangelización es el criterio, en el fondo el único, para valorar el sentido de cualquier obra de la Iglesia. Si algo sirve para evangelizar, promuévase, valórese, difúndase. Si no sirve para evangelizar, refórmese, replantéese y, a la postre, si nada de eso funciona, elimínese.

Pero, ¿qué es evangelizar? Hay muchos y muy bellos documentos que lo explican. Quizá podamos resumirlo así: es permitir que a través del testimonio de nuestras pobres vidas

² SAN PABLO VI, *Evangelii nuntiandi*, 14.

los hermanos descubran desde el asombro que Dios existe, que el mundo que él ha creado es bello, que nos ama de una forma infinita, y que ese amor lo ha manifestado enviando su Hijo al mundo, asumiendo en él nuestra carne pecadora, abrazándonos hasta en la sima más profunda de nuestra vida errante y participando por su cruz de nuestras maldiciones, nuestras soledades y nuestras muertes. Es transmitir la perenne alegría de saber que Cristo ha resucitado, experimentar que nos sale al encuentro y nos invita a su amistad. Es compartir el gozo de recibir su Santo Espíritu, que se distribuye en los sacramentos para que podamos seguir gozando de su presencia, participando de su amistad, recibiendo su vida y pregustando el cumplimiento de su promesa, la de que, si creemos en él, si nos alimentamos de su cuerpo, podremos compartir su misma condición divina, ser resucitados y alegrarnos eternamente con él el día de su retorno glorioso. Evangelizar es recibir junto con quienes están a nuestro lado el mismo amor de Dios en lo más profundo de nuestras almas, perdonando nuestras faltas, extendiéndose hacia todos los seres humanos, en quienes reconocemos un destello del Creador, haciéndonos hermanos a todos los que nos alimentamos del mismo pan y recibimos el mismo Espíritu. Evangelizar es, en definitiva, aceptar ser cauce del Espíritu Santo para que nos haga —a nosotros mismos, a las personas a quienes nos dirigimos y a todos los hermanos— uno en Cristo resucitado, con Cristo resucitado y por amor a Cristo resucitado.

En una sola frase: evangelizar es permitir que el Espíritu se sirva de nosotros para transmitir a cuantos nos encuentren la alegría del amor y la salvación de Cristo.

Las parroquias son estructuras humanas al servicio de esta misión. Lo esencial es el fin, no el medio con el que se consigue. De hecho, el medio debe ser replanteado en la medida en que lo exija la naturaleza y las circunstancias del fin. Pero dicho eso, anotemos enseguida que las parroquias han sido históricamente —como tendremos ocasión de comprobar—

no el único medio para evangelizar, pero sí uno de los más eficaces, precisamente en cuanto reflejo o traducción más depurada en un territorio concreto de lo que la Iglesia es en su conjunto, como el misterio antes descrito. Todo esto tendremos ocasión de comprobarlo más detenidamente.

No puedo concluir esta introducción sin anotar una serie de datos, de carácter personal, que ayuden al lector a situar algunas de las propuestas que se encontrará en las conclusiones, si Dios le da la paciencia y el ánimo para llegar hasta el final de esta modesta obra.

El principal medio del que sirvió el Señor para concederme el don de la fe fue mi parroquia, puesta bajo la advocación del Inmaculado Corazón de María, en la ciudad de Ávila. Mis padres nos llevaron a ella a mi hermano y a mí desde niños. Lo que hallé fue una comunidad viva, gozosa de su fe. Era como una gran familia donde todos nos conocíamos, en la que como niños crecimos, como adolescentes nos hicimos las principales preguntas de la vida, encontramos la amistad y nos abrimos al amor. En ella los adultos estaban implicados de mil formas distintas, con verdaderos «santos de la puerta de al lado»³, como los describe el papa Francisco, y en la que se acompañaba a unos ancianos generosos, entregados a Jesús, que con su oración eran el alma del barrio. El párroco, don Jesús Jiménez Bustos, hacía verdad en su vida lo que se canta en el himno litúrgico: «Él fue pastor y forma del rebaño, luz para el ciego, báculo del pobre, padre común, presencia providente, todo de todos»⁴. Nadie de cuantos lo conocimos olvidará su sonrisa permanente, que mantuvo incluso en los momentos más duros de la enfermedad tan cruel que sufrió

³ Cf. FRANCISCO, *Gaudete et exultate*, 6-9.

⁴ *Liturgia de las Horas*, himno de laudes del común de pastores. Traducción del latino *Christe pastorum caput*, de autor anónimo y anterior al siglo XV, que se emplea en el Oficio de Lecturas del mismo común.

en los últimos años de su vida. Era generoso con todos, especialmente con los pobres, siempre disponible, incansable, sin darse nunca tiempo de vacaciones, alegre, conocía a todos por su nombre, se alegraba por las cosas sencillas, no se escandalizaba por nada... Por supuesto, tenía sus defectos, y supongo que también sus pecados. Pero la idea fundamental es esta: era un buen cura, feliz de serlo. Estaba auxiliado en la tarea ministerial por otros sacerdotes, también muy buenos, que le ayudaban como vicarios parroquiales —coadjutores, se decía entonces— o adscritos. Si no cuento mal, en algún momento llegaron a ser hasta cinco o incluso seis sacerdotes con algún tipo de implicación pastoral en la parroquia.

Años después he vuelto como párroco a la misma parroquia que dejé para entrar en el seminario. Para ser rigurosos, mi nombramiento exacto es *administrador parroquial*, pues párroco propiamente lo soy de otra, San Pedro Bautista, que están llamadas a conformar ambas una Unidad Pastoral. Mi experiencia durante los casi siete años que llevo sirviendo a esta comunidad —creo que ya puedo utilizar esta palabra en singular, aunque jurídicamente sigan siendo dos parroquias independientes— ha sido muy enriquecedora. Sin duda, es mucho más lo que ella me ha aportado a mí, humana, espiritual y sacerdotalmente, que lo poco que yo haya podido aportar a ella. No me cansaré nunca de dar gracias a Dios por cada uno de los rostros concretos que veo a diario y con los que camino al encuentro del Resucitado. He probado en carne propia, como párroco, lo que el papa Francisco llama el «gusto de ser pueblo» y la acertada descripción que hace del ministerio del sacerdote como el de alguien que a veces tiene que ir delante, guiando; otras veces en medio, como uno más; y otras veces detrás, dejándose conducir por el sentido de fe de los creyentes⁵.

⁵ Cf. FRANCISCO, *Discurso en el encuentro con el clero, personas de vida consagrada y miembros de consejos pastorales* (Asís, 4-10-2013).

Sin embargo, la comunidad que me envió al teologado hace veintiséis años era muy distinta a la que hoy sirvo. No es menor el simple hecho de ser ahora una comunidad en dos parroquias, con cuatro templos, dos salones parroquiales, tres viviendas, etc. En este cuarto de siglo, la cultura ha cambiado, también en una sencilla capital de provincia como Ávila. La extensión de las dos parroquias es enorme, el conocernos todos complicado, el individualismo cada vez más acentuado, la secularización creciente. Aunque mi modelo de sacerdote es mi párroco de infancia, don Jesús, que en paz descanse, esta referencialidad es para mí en lo esencial, no en las formas concretas. No podría reproducir su manera de vivir el ministerio. Ni la comunidad es la misma, ni puede atenderla el mismo número de presbíteros, ni mis responsabilidades como vicario de pastoral me dejan el tiempo necesario para hacerlo. Y esta situación mía no es única. Casi todos los sacerdotes diocesanos que somos párrocos en la ciudad tenemos encomendadas también otras tareas pastorales que hasta hace no mucho reclamaban una dedicación casi exclusiva. Con todo esto quiero indicar dos cosas: que valoro extraordinariamente la parroquia, sea en el modelo que había antes, al que debo mi fe, sea en la configuración que actualmente imponen las circunstancias, donde me siento verdaderamente realizado y feliz como cristiano y como sacerdote. Pero constatar esto no es obstáculo para que sea también muy consciente de las muchas dificultades de la situación que nos ha tocado vivir, y especialmente a la hora de plantear la pregunta de si la configuración actual de la parroquia es realmente eficaz para la transmisión de la fe, o en qué sí y en qué no. El gran reto para la Iglesia siempre, y especialmente en un contexto secularizado, es cómo se hacen cristianos, cómo se procura el encuentro con Jesús resucitado que cambia y reordena completamente la existencia personal, integra en la comunidad eclesial y conduce a la vida eterna.

Soy sacerdote de Ávila y, por tanto, formo parte de una de esas diócesis que se encuentran en lo que actualmente se ha dado en llamar la «España vaciada». Esta cuestión poblacional me parece de primer orden en la reflexión sociológica y, desde luego, tiene evidentes repercusiones en la organización eclesial. Como vicario episcopal de acción pastoral, he tenido ocasión de comprobar de primera mano varios problemas, y de tener que reflexionar en torno a las eventuales respuestas que pueden ofrecerse en una situación ciertamente compleja y análoga a la de muchas diócesis españolas situadas en el medio rural. Actualmente, una tercera parte de la población de la diócesis se encuentra en la capital, donde está la sede episcopal. Otra tercera parte se distribuye en diez núcleos de población; mientras que el tercio restante habita en más de doscientos cuarenta pueblos, de desigual ocupación. A esto súmese que la tasa de envejecimiento es cada vez mayor, con lo cual en pocos años la diócesis perderá una tercera parte de su población actual, que además se concentrará casi totalmente en la capital y en los diez pueblos mencionados. Teniendo en cuenta, además, el descenso de ordenaciones sacerdotales, sin duda la situación para la que tenemos que prepararnos en un futuro *inmediato* exige un importante replanteamiento ya en el momento actual. Subrayo esto porque a veces parece que, hablando de estas cosas, estamos haciendo un discurso análogo al de los científicos cuando nos hablan del estallido del Sol cuando entre en supernova: sabemos que va a pasar, pero nos pilla demasiado lejos como para tener que replantearnos nada. Pues no, no se trata de eso. El cambio sociológico no es que se vaya a producir no sabemos cuándo, es que se está produciendo ya. Y si no somos capaces de hacer una evolución pastoral de las estructuras eclesiales acorde con este cambio, cuando este se haga sentir de forma más radical nos va a pillar con el paso cambiado. Hay que atreverse a discernir. No puede dejarse para más adelante.

Ávila pertenece a lo que se ha dado en llamar «Iglesia en Castilla» o «Región del Duero». No se trata de ninguna entidad jurídica erigida conforme al derecho canónico, sino de una iniciativa surgida hace ya varias décadas, con el fin de promover encuentros fraternos, oración en común y reflexión conjunta de obispos, vicarios, arciprestes, religiosos y laicos de algunas diócesis vecinas con problemática común: Valladolid, Burgos, Palencia, Osma-Soria, Zamora, Ciudad Rodrigo, Salamanca, Segovia y Ávila. A estos encuentros, tradicionalmente celebrados en la localidad vallisoletana de Villagarcía, se han ido incorporando también algunos laicos y religiosos, y han dado lugar a iniciativas comunes muy importantes en nuestra realidad concreta. Como muchas cosas en nuestra santa Iglesia, esta iniciativa cuenta con partidarios acérrimos, que hablan incluso de un «espíritu de Villagarcía» análogo al tan traído, llevado e incomprendido «espíritu del Concilio», y con algunos detractores. Personalmente estoy convencido de que, más allá de extremismos ideológicos favorables o contrarios, estos encuentros han discernido tres opciones pastorales que, me parece, vienen de Dios: la configuración de los arciprestazgos como hogar, escuela y taller; la apuesta por las parroquias —o unidades pastorales— como célula básica de la evangelización, y la opción preferencial por lo pequeño —que, en mi opinión, no es tanto un concepto cuantitativo, referido a la cantidad de población, sino cualitativo, caracterizando unos medios evangelizadores que huyen de lo espectacular y grandioso y se centran con sencillez en la vida cotidiana y real de las personas—. Estoy convencido de la validez de estos principios, como podrá comprobarse en el *Epílogo para diócesis rurales* que aparece al final de esta obra.

Finalmente, quiero expresar mi gratitud hacia algunas personas. A los que han sido mis obispos hasta ahora, Mons. Jesús García Burillo, que me ordenó y me confió el ministerio

de párroco, a Mons. José María Gil Tamayo, que me honró haciéndome estrecho colaborador suyo como vicario, y a Mons. Jesús Rico García, recientemente elegido por el Santo Padre para esta diócesis de san Segundo. A mis hermanos, los sacerdotes del presbiterio de Ávila, a quienes dedico especialmente estas reflexiones, ya que han ido fraguando y consolidándose en el diálogo con ellos. Son para mí compañeros y maestros, y estoy orgulloso y agradecido de contarme entre los miembros de tal presbiterio. Entre ellos, debo destacar a Alejandro Núñez Moreno, Eladio Díaz Corredera y José María López López, quienes me ayudan con mucha generosidad en la atención a mis parroquias. También quiero agradecer a los feligreses de mis parroquias, San Pedro Bautista e Inmaculado Corazón de María, lo mucho que me aportan y que, además de la paciencia que demuestran prescindiendo de mí para servicios diocesanos, la ejerzan también dejándome tiempo para dedicarlo a la escritura. Espero que su sacrificio no sea en vano. Finalmente, debo agradecer a las Esclavas Carmelitas de la Sagrada Familia que, desde su carisma de colaboración parroquial, me hayan ayudado a comprender y vivir mi ministerio desde la escuela de Nazaret. Al final es este el fuego que calienta el corazón, el que arde en el hogar de Jesús, María y José. Ojalá este libro ayude un poquito a que nuestras parroquias sean puertas desde las que acceder a la casa donde el Hijo de Dios quiso habitar con nosotros para que, morando con él en la sencillez y el silencio, descubramos ya en la tierra el gozo que nos está reservado para el cielo.